



# SÍNDROME DECALISTO

**Leonardo Wild**

## - I -

En el instante en que Ray Salvatore sintió que su traje se desinflaba, y comenzó a respirar el aire más caro del Sistema Solar, pensó que moriría. Si su garganta no se cerraba de inmediato, seguramente moriría de un ataque al corazón. El estrés había sido demasiado. Maldito sea el día que había accedido a venir a la Estación Calisto, tan cerca de Júpiter.

Demasiado cerca.

Pero ahora, cuatro horas después de haber entrado en la estación, su garganta todavía estaba intacta; por lo menos dejaba pasar aire, y su corazón aún latía.

Sin embargo, habían pasado cuatro horas, y todo lo que había visto eran los ojos llorosos de Cho Wung, y escuchar sus palabras de voz suave, tratando de calmarlo:

—Estás demasiado tenso para hablar, Ray. Vete a dormir, relájate. Tenemos tiempo.

Vete a dormir, ¿a dormir de verdad?

En su camarote, acostado de espaldas, había tratado de relajarse.

¿Tratado? Demonios, más bien se obligó a un estado que podría llamarse relajación... excepto que no pudo permanecer inactivo por mucho tiempo. Para nada. No había venido de la Tierra, en un viaje de nueve meses, para simplemente tumbarse en una litera, cerrar los ojos, y pensar en lo rápido que latía su corazón.

¿Sesenta latidos por minuto?

Más cerca de ochenta.

¡Al diablo con eso! Decidió no desesperar, con los ojos cerrados.

Por eso estaba allí, ahora, en la Sala de Ejercicios, esperando que ocurriera algo, sabiendo que sucedería, pero lanzando pelotas al aire como si tuviera todo el tiempo del mundo. Malabares, algunas personas lo llamaban.

Pensó, enojado, que tal vez ésta era la forma más ilusoria de parecer tranquilo. Si tu corazón no puede latir más lento, dale una razón para latir más rápido.

Trató de desviar sus pensamientos, mirando a su alrededor (para que sus malabares fuesen más difíciles). La Sala de Ejercicios era una estancia de paredes blancas y piso inclinado hacia arriba, parte del centro centrífugo. Giró sin cesar. Estudió su entorno, fingiendo interés; tratando de decirse a sí mismo que no estaba nervioso, que todo estaría bien, que no pasaría nada, pero sabiendo todo el tiempo que eso no era cierto.

Él estaba allí, en el centro centrífugo. El objetivo principal del centro era ofrecer a la estación una gravedad similar a la de la Tierra, como lo exigía el Reglamento de las Colonias del Estado Libre del Espacio. Después de la epidemia de la Fiebre de Roca, nadie quería lidiar con la exposición innecesaria a la microgravedad. Demasiados colonos habían mutado, irreversiblemente. Todo había ido bien... hasta ahora.

¡Maldición! ¿Que está mal? La Estación Calisto es el “entorno perfecto,” con todo lo que un ser humano necesita para sobrevivir en el espacio, pero...

Algo falta, pensó, y continuó haciendo malabarismos, tal como los había aprendido a hacer a bordo de su propio centro de pseudo-gravedad, en el Unicornio.

El Unicornio, el último navío de la flota del Estado Libre del Espacio —o la FSS, por sus siglas in inglés: Free State of Space—, había visto tres muertes durante su viaje de nueve meses hacia la órbita de Júpiter, en su viaje inaugural. Por lo tanto, no podía tratarse de algo que sucediera en la Estación Calisto, aunque todo parecía haber comenzado allí, en la estación, orbitando la luna de Júpiter. Todo había comenzado con la muerte de quince miembros de la tripulación, incluido su Comandante Wilson.

Ray se estremeció.

Hombres que entraron en coma, como el neuropsicólogo de la nave, Lambert, que se había convertido en un vegetal, dos días atrás. ¿Fue Lambert la siguiente víctima de lo que ya habían apodado El Sueño?

Nadie podía explicar El Sueño. Pero era obvio, y demasiado sangriento: el espacio estaba volviendo a maldecir a la humanidad.

Ray había sobrevivido a la Fiebre de las Rocas —apodada Febris Lapis—, porque no la había contraído (así de simple).

Pero esto... El Sueño... era diferente.

Llegaba sin previo aviso. ¡Bam! Uno se mataba o entraba en coma, para morir poco después, sacudido por la peor de las pesadillas.

Ray repasó todos los hechos conocidos sobre la Estación Calisto, nervioso y casi sin aliento, pero no logró encontrar respuesta.

En nueve meses de repasar los hechos, no había encontrado nada. Había esperado hacerlo tan pronto como llegara, pero... bueno, todo parecía impecable y brillante. La Estación Calisto estaba en buen estado de funcionamiento, excepto...

Excepto que no había visto a ninguno de la tripulación. Sólo a Cho Wung, su viejo amigo. ¿Habían muerto todos?

Sin tripulación, pensó, como si eso pudiera ser la clave del misterio.

Cho Wung nunca había dicho que todos habían muerto, ¿verdad? Entonces, ¿dónde estaban? ¿Todos se fueron? ¿Todos muertos? (¿Muertos, como la tripulación del comandante Wilson?)

—¿Qué estás haciendo?

Ray se dio la vuelta y miró hacia la entrada axial. Ahí estaba Cho, vestido con un kimono suelto, una mano presionada contra la puerta para evitar alejarse, sus ojos sesgados todavía hinchados, tales como Ray los había visto ayer, a su llegada.

Ray se arrodilló para recoger dos de las bolas de malabarismo que había dejado caer, y se las mostró a Cho.

—Malabares —dijo—. ¿Quieres que te muestre?

—¿Has descansado? —Cho Wung no mostró ninguna intención de bajar de su

percha en la ingravidez—. ¿Cuánto tiempo llevas despierto? ¿Por qué no me llamaste apenas despertaste?

¿Tensión en la voz de Cho?

Solo había una forma de averiguarlo.

Volvió a preparar las bolas, y comenzó a tirarlas al aire, una tras otra.

—Es interesante —dijo en voz alta, sin levantar la vista—. Hacer malabarismos con un Efecto Coriolis es muy, pero muy, interesante. Se siente como... hacer malabarismos en una playa, con una fuerte brisa. Una brisa que es más fuerte cuanto más se acercan las bolas a mis manos. Extraño, ¿no?

—Deberías haberme dicho que estabas despierto —dijo Cho—. Tenemos que hablar. Seriamente.

—Entonces habla, Cho. Soy todo oídos. No tenías prisa, ayer.

—Aquí no.

Ray agarró la última pelota antes de que cayera, se metió las tres en su holgado mono, y caminó hacia el ascensor. Se aferró a las agarraderas y, después de meter los pies en las correas, presionó el botón ARRIBA.

—Sabes, Cho —dijo, mientras el ascensor lo llevaba—. Creo que debería poner mis cartas sobre la mesa.

Llegó a donde estaba Cho y flotó muy cerca de él, dentro de la doble cámara de aire.

—¿Por qué no haces lo mismo? Quiero decir, no hay mucho tiempo para jugar, ¿verdad? Los dos sabemos por qué vine. ¿Dónde está tu tripulación? ¿A dónde se han ido todos?

Cho coincidió con su mirada.

Ray se vio obligado a mirar hacia otro lado. Trató de ignorar el mareo provocado por la lenta contra-rotación de la esclusa de aire, cuando llegó al nivel del sector no rotativo, de gravedad cero, de la estación.

Cho no dijo una palabra. Simplemente giró y se empujó para flotar tubo adentro.

Ray lo siguió, preguntándose qué habría hecho si Cho hubiera decidido, repentinamente, matarlo allí mismo.

Sacaría un cuchillo de su manga y me cortaría la garganta.

Era, a fin de cuentas, de ascendencia Samurai.

Pero Cho sólo le dirigió una mirada extraña y pesada, para ver si le seguía, y continuó empujándose por el pasillo tubular, bien iluminado.

¿Qué está pasando por la mente de Cho en este momento?

Ray le habría ofrecido a Dios unos años de su vida para enterarse.

Fueron hacia las recámaras privadas que Cho le había asignado. Una pequeña habitación que parecía grande. Paredes con esquinas redondeadas como el flujo de las olas, pero sin sombras. Dos camas, una encima de la otra, con sacos de dormir, cuyas cremalleras no sonaban cuando se usaban.

Ray se ató a la parte inferior de las dos camas. Apoyó los pies contra el mamparo pulido, y observó a Cho arrimarse contra la puerta, después de cerrarla con un toque de su dedo.

Ni un sonido, ni un silbido. Todo tan silencioso a bordo de la Estación Calisto. Al igual que el Unicornio, todo diseñado para hacer que el espacio fuera lo menos estresante posible. La epidemia de Fiebre de Roca, que comenzó en las comunidades mineras de los asteroides, les había enseñado mucho sobre las necesidades, y los límites, humanos. Cuerpo y alma. Mente y corazón.

Pero no lo suficiente, pensó Ray, no lo suficiente. De lo contrario, no estaría aquí yo. No me habrían pedido que viniera.

Ray y Cho se miraron, por más de un minuto, antes de que Cho hablara:

—Lo siento si te decepciono, pero tu llegada puede ser inútil, para ambos. Veo eso ahora. El Estado Libre del Espacio, en verdad, siente que tiene poder hoy en día, ¿no es así? Poder...

—El Estado Libre del Espacio quiere asegurarse de que el espacio sea apto para los seres humanos. Si crees que quince muertes no son razón suficiente para hablar con claridad, entonces no sé qué esperas de mí. Estoy echando dos años de mi vida por el tubo, simplemente porque tú querías que viniera. ¿No crees que quiero ir al grano de inmediato? ¿Qué le pasa a esta estación, Cho? Dímelo, sin rodeos.

—La estación cumple con todos los estándares para la habitabilidad humana, Ray. Dudo que haya una mejor estación en el Sistema Solar. Este es el puesto más avanzado que se haya construido. Tú lo sabes. Yo lo sé. Todos lo saben. Es más que adecuado para los seres humanos.

—Nunca he dado a entender que no lo sea. Solo quiero saber por qué...

Cho lo detuvo con un gesto.

—No es la estación espacial la que no es apta. Somos nosotros. —Hizo una pausa—. El espacio no es para nosotros. Eso es todo.

—Entonces, ¿por qué dijiste “Exposición a ambientes extremos” en tu informe? Si la Estación Espacial Calisto no es inadecuada... ¿qué es? ¿La locación? ¿La órbita alrededor de Calisto?

—El espacio —su mano dio una vuelta sobre su cabeza, el dedo índice extendido—. El espacio.

Se miraron el uno al otro, sin pestañear, hasta que, finalmente, Cho desvió sus ojos. Mirando hacia el mamparo, dijo:

—Estamos asustados, todos. Aquí está sucediendo algo realmente extraño, en Calisto.

¿En Calisto, la estación, o en Calisto, la luna de Júpiter?

Ray esperó pacientemente a que Cho se explicara mejor.

Cho lo estaba mirando fijamente. Sacudió la cabeza y apoyó las manos contra la cara, por lo que comenzó a flotar en la ingravidez.

—Pensarás que estoy loco —murmuró; su voz amortiguada por entre sus dedos—, pero no hay otra explicación.

—¿Qué explicación? Aún no me has dado ninguna. Ninguna que tenga sentido. ¿El espacio? ¿Todo el espacio?

Cho mantuvo ambas manos sobre su boca, tocando sus labios con las yemas de los dedos, como si tratara de contener un grito. Había lágrimas en sus ojos hinchados. ¿Realmente tenía gripe, como le había dicho a su llegada? ¿O había comenzado a tener síntomas tempranos de El Sueño?

—Hay una presencia, aquí, en Calisto —dijo Cho—. Algo poderoso, algo que nos está volviendo locos a todos. Una fuerza superior de algún tipo.

—¿Una... entidad extraterrestre? —Ray no pudo evitar burlarse—. ¡Vamos, Cho! ¡Sabes mejor que decir ese tipo de sandeces!

—Es algo contra lo cual ninguno de nosotros puede luchar.

—¿Por qué no incluiste eso en tu informe, entonces? Podríamos haber venido a investigar con...

—Estaba en el informe.

Ray lo miró fijamente, y sacudió la cabeza.

—No lo vi, y lo leí diez veces.

—Tal vez porque no la llamé “entidad extraterrestre.” Porque entonces tendríamos a miles de Belters viniendo por aquí, y eso va en contra de los intereses de Spacom. Los mineros de los asteroides solo piensan en perforar y en sacar el agua del interior de Calisto.

—¿Cuáles son los intereses de Spacom, entonces? —preguntó Ray.

—No se me permite decirlo.

—Mira —Ray se sentó, fijó los pies en las cintas para no flotar, y dijo—: Hay demasiado en juego aquí, como para guardar secretos, el uno del otro. Solíamos ser amigos, ¿recuerdas? El hecho de que trabajes para Spacom, y yo para el FSS, no significa que le debemos algo a ellos. Nuestro objetivo es garantizar un lugar seguro para quienes nos dan de comer de verdad, Cho: para el colono espacial común. Ahora sé que Spacom quiere reclamar el Sistema Joviano como suyo, así que es por eso que estás aquí, con tu tripulación: para establecer el derecho de uso de Júpiter y sus lunas. Ya no es un secreto. No hay otro propósito para esta estación, que no sea darle a Spacom el primer asentamiento humano oficial en Calisto, ¿verdad? Pero ahora tienen problemas y, por lo tanto, el Estado Libre del Espacio debe investigar... Ha habido muertes, muertes inexplicables, porque, al parecer, nos enfrentamos a una posible epidemia, como fue la Fiebre de las Rocas. Así que, por favor, hablemos claro. No es tu carrera lo que está en juego aquí. Es tu vida. Mi vida. La vida de todos. Dices que hay una entidad aquí, okay, te voy a tomar en serio. Sea cierto o no. Hay que investigarlo. Ahora tenemos un problema común que debemos resolver. Tú, y yo. Cuéntame sobre esa... fuerza.

—Todavía no me crees, ¿verdad?

—¿Que hay una entidad? No. —Sacudió su cabeza otra vez—. Ninguna de las sondas ha informado nada anormal cuando llegaron acá, por primera vez. Y los datos que se están enviando a Earthside tampoco muestran anomalías.

—Tal vez las sondas no son lo suficientemente sensibles —murmuró Cho.

—Puede ser. Pero mira tus ojos hinchados. ¿Realmente tienes gripe, o es algo de lo que no quieres contarme? ¿Dónde está todo el mundo? ¿Todos saltaron por las esclusas de aire?

Cho desvió su mirada.

—Cho —dijo Ray, con suavidad—, ¿dónde están todos?

Cho sacudió su cabeza, como para deshacerse de un mal pensamiento. Luego, cansado, dijo:

—Están en el Centro de Recreación, jugando.

—¿En los juegos? ¿Te referes a... a los Simuladores de Asentamiento?

Cho asintió.

—Vamos a ver qué hacen.

—No —dijo Cho, rápidamente—. Primero hablemos.

Pero Ray desabrochó sus pies y se dirigió hacia la puerta. Cho parecía tener la intención de no dejarlo pasar, pero luego se hizo a un lado, y Ray presionó el sensor.

La puerta se abrió sin siquiera un suspiro.

Utilizaron el autograbil para llegar al Centro de Recreación. La estación era más impresionante de lo que Ray había imaginado. Todo estaba tan perfectamente diseñado, que no tuvo que hacer ningún esfuerzo para alcanzar los sensores de las puertas, agarrar los autograbrails, o incluso para encontrar el Centro de Recreación. Simplemente, presionó el botón correspondiente, y el autograbil zumbó a través de los pasillos y llegó a la locación deseada.

Una vez en el Centro, Ray casi jadeó de admiración. Era una sala circular llena de máquinas diseñadas, específicamente, para “entretener.” Simuladores de Realidad Virtual para las etapas de asentamiento: un “juego” para ayudar en la preparación para la colonización real, para el momento en que la tripulación aterrizará en la superficie, con sus cúpulas biosféricas y rovers. ¡Y toda la tripulación estaba allí, jugando como adolescentes, conectados a juegos de galería virtual!

Ray miró a Cho con cansancio.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó—. ¿Qué están haciendo todos aquí?

—Jugando.

—¡Eso es obvio!

—Te dije que no vinieras aquí.

—¿Por qué no los detienes? ¿No tienen nada más que hacer?

—Se vuelven locos si no juegan —murmuró Cho—. Es lo único que los mantiene activos, vivos. Tengo que llevarlos, dos veces al día, a sus habitaciones, y darles inyecciones para dormir. Y, por las mañanas, les obligo a hacer sus dos horas de ejercicios.

De lo contrario, no les permito jugar sus juegos diarios. Para eso viven. Para jugar.

—¿Constantemente? ¿Todos los días?

Cho asintió.

Ray miró a la tripulación mixta con incredulidad. Hombres y mujeres, todos jugando, puestos sus cascos de RV, ciegos e insensibles al mundo real que los rodeaba.

—¿Me estás diciendo que esto es lo que han estado haciendo, todo... todo este tiempo?

—Excepto cuando están durmiendo o comiendo.

—¿Y tú? ¿Por qué no juegas con ellos, también?

—Debo cuidarlos. De lo contrario, todos moriremos.

Ray parpadeó.

—¿Qué más haces? ¿Durante el día?

Cho lo miró perplejo.

Ray presionó:

—No me digas que esto es todo lo que haces.

—¿Qué más hay? —Cho se encogió de hombros—. Me han pedido que evite que la tripulación se vuelva loca. Nuestro propósito es permanecer con vida hasta que Spacom esté listo para el acuerdo... el permiso de colonizar. Esta estación se encarga de hacer toda la investigación de datos de superficie. No nos queda nada más que esperar al próximo intercambio de tripulación. Y como sabes, solo queda un año más. ¿Qué más vamos a hacer, sino jugar? Somos sólo carne fresca para hacer un acto de presencia, sin otro propósito en la vida que... jugar.

—Ven. —Ray sacó a Cho del cuarto de simuladores. Tocó el botón de “Sala de Comando” en el menú del autograbil, y el aparato, al cual se aferraban, los llevó allí.

Cuando llegaron, Ray la encontró vacía. Era una sala grande, con una ventana panorámica en el otro extremo, que mostraba a Calisto en toda su majestuosidad, debajo de ellos. Y, más allá, Júpiter.

Júpiter era más que una enorme bola naranja que llenaba la mitad de la ventana panorámica. Tenía una presencia que Ray no podía negar. Algo que hizo a su corazón encogerse.

¡Es tan grande!

Se sentó en una de las sillas, y se abrochó el cinturón. Cho hizo lo mismo.

—Esto es mucho mejor que jugar a cualquiera de los juegos —murmuró Ray, sin mirar a Cho—. Tú mismo has estado aquí un año y medio ya, ¿verdad? ¿Tienes alguna idea de por qué no te has... vuelto loco? ¿Qué hay de esa... entidad... de la que estás hablando? ¿Por qué no te ha afectado?

Cho no respondió. Sólo apreció, por la ventana, una vista como pocas en el Sistema Solar.

Ray también miró por la ventana, atraído por una repentina premonición que comenzó a roerle el estómago. Después de ver el frenesí con el que la tripu-

lación había estado manejando los equipos de RV, casi creyó que algo los estaba manipulando a ellos.

¿Entidades extraterrestres?

Nunca. Todo tiene una explicación lógica.

Volvió a mirar a Cho. Vio esos ojos tristes, medio ocultos por los párpados hinchados, y recordó los días en que solían navegar juntos, navegar alrededor de las islas Yasawa, en Fiji, en uno de los catamaranes de los resorts. Mucho había cambiado desde entonces. Y en tan poco tiempo.

En la luz azul lechosa que provenía de Calisto, mezclada con el resplandor anaranjado de Júpiter, Ray vio que los labios de Cho se tornaban en líneas finas; vio cómo sus mejillas se absorbían.

Cho suspiró, y se miró las manos. Finalmente, dejando que el aire saliera lentamente de sus pulmones, dijo:

—Esta entidad de la que te hablé, no sé cuál es su propósito. Parece no tener ninguno, y no sé por qué me ha excluido de sus ataques. Pero tiene un propósito.

Se detuvo, miró a Ray con cuidado, continuó:

—Spacom planificó tener un puesto avanzado aquí, pero el Estado Libre del Espacio no nos permitía tener uno, a menos que cumpliéramos con los Requisitos de Habitabilidad del Espacio Profundo. Les dije a los Directores de Spacom que construyeran una base con todo lo que los seres humanos pudieran necesitar. El FSS, les dije, no podrá oponerse a tal proyecto, si cumplimos con su burocracia. Y así fue. El FSS aceptó, y aquí estamos —giró para mirar, por la ventana, a Calisto—. Puedo ver que todavía no crees en esa entidad, a pesar de que has visto lo que le ha hecho a mi tripulación. Por eso no escribí “la entidad extraterrestre nos está volviendo locos,” en mi informe. La Tierra está tan lejos de aquí, que palabras como esas podrían haberse leído fuera de contexto, o habrían sido descartadas... como una locura personal. —Suspiró, y buscó en los ojos de Ray—. No estoy enojado, Ray. Contigo ni con nadie. Pero sí me siento muy frustrado, porque nunca sabremos la verdad. Todos moriremos. Estamos en el Espacio Profundo, donde todo es posible, aunque no lo comprendamos.

—¿Estás esperando algún mensaje inteligente? —Ray no pudo evitar sonar burlón.

Cho sólo miró por la ventana.

—Lo siento por ti —dijo Ray, en voz baja, después de una pausa larga—. En cierto modo, creo que te estás volviendo loco, como tu tripulación.

—¡Pero, míralos! —explotó Cho, girando de golpe, arrojando su brazo derecho para señalar a la puerta, en dirección al Centro de Recreación—. ¡Eso es una locura! Pero —levantó un dedo—, ¿realmente lo es? Cualquiera se deprime cuando ve el estado de mi tripulación. No confundas ese estado mental con locura. Y tal vez —murmuró—, tal vez ellos tampoco están locos. Tal vez este tipo de locura está tan lejos de ser una locura como la Fiebre de las Rocas está de ser una enfermedad.

—¿Por qué te molestaste en llamarme, si ya sabes lo que quieres, Cho? —Ray respondió, bruscamente—. ¿Quieres que testifique que no estás loco? ¿Por eso insististe en que fuese yo quien debía venir? ¿Dónde está este ser tuyo? Dime. ¿Por qué no me ha hecho nada? —se golpeó el pecho con rabia—. Cho, el espacio está volviendo loca a tu tripulación, ¡y a ti también! ¡Sólo que no lo sabes!

—¡Cállate! ¿No puedes ver que estás cegado por tus propias creencias? Me están salvando esas entidades... o entidad... De lo contrario, estaría actuando como mi tripulación, ¡metido en los simuladores! ¿No ves que no puedes creer en la entidad? ¿Que esa es, precisamente, la manera en que la entidad te obliga a darle la espalda a lo obvio? ¡Te quiere fuera de aquí! ¡Los quiere a todos fuera de aquí! ¡Al menos hasta que hayamos alcanzado el contacto completo, y podamos entendernos! Entenderla. Me ha aceptado, no sé por qué, pero creo que es porque creo en... ella, y puedo convertirme en un puente entre ella... y la humanidad. ¿No puedes ver lo que está pasando? No ves la imagen completa, eso es lo que ocurre; sólo ves un pixel. Estamos tratando con una fuerza superior que vive... existe... aquí. No hay forma de negar eso. Y si le damos la espalda, no habrá un solo colono que se salve. No podemos comenzar a colonizar Calisto, hasta que sepamos qué es... y cómo comunicarnos con lo que está... allí abajo —señaló, con su dedo índice, la luna color crema.

Ray miró hacia otro lado, se desabrochó el cinturón, y se acercó a la ventana. Apoyó la frente contra ella y miró hacia afuera, con la nariz presionada contra el cristal. De alguna manera, las palabras de Cho tenían sentido, pero era demasiado difícil creer que pudiera tener razón.

Lo peor es que ya había muertes. ¿Víctimas de una guerra silenciosa? ¿Con una entidad extraterrestre?

No vayas por ese camino. Todo tiene una explicación lógica.

## - II -

Al día siguiente, Ray Salvatore se paró en la sala rotatoria y volvió a hacer ma-labarismos con las tres esferas. Se las había arreglado para superar la dificultad traída por el nuevo grado de balanceo del Coriolis de la estación, y las esferas parecían flotar de una mano a la otra, y volver a caer en una mano, luego en la otra. Se había puesto en contacto con el comandante Darion Martínez, del Unicornio, en órbita cercana a la estación, a una distancia prudente, y le había dicho que todo estaba bien.

No dio más detalles. Los misterios tienen que deshilacharse como un ovillo de lana: con lentitud y con mucha paciencia.

—¡Ray!

Ray agarró las esferas antes de mirar hacia arriba. Cho estaba allí, flotando en la entrada axial.

—Ven. Quiero mostrarte algo.

—¿Mostrarme qué?

—Ven y míralo tú mismo.

Ray asintió, y fue hacia la escalera, se ató al ascensor. Cuando llegó al lado de Cho, el hombre le mostró un cuaderno con entradas escritas a mano.

—El diario de uno de mis fallecidos —explicó Cho—. Pensé que te gustaría leerlo.

Ray lo tomó de manos de Cho y lo miró.

—Esto no es tinta.

—Sigmund Rabenhauer era un coleccionista de antigüedades, así como un místico de algún tipo —dijo Cho—. Siempre hablaba de tanques de privación sensorial y sincronizadores cerebrales y esas máquinas de crecimiento mental, lo que me pareció extraño sobre él. Era un amante de la naturaleza, y afirmó que el mar era un potenciador del cerebro natural. Estaba investigando el efecto del espacio en las mentes humanas.

—¿Qué usó Sigmund para escribir esto?

—Sigmund me dijo que los viejos marineros, en realidad, escribían sus diarios a lápiz. Si el papel se moja, el lápiz no mancha como la tinta. Al menos, esto es lo que dijo Sigmund. Por alguna extraña razón, sentía que era algo que valía la pena recordar.

—¿Por qué?

—Yo que sé —Cho se encogió de hombros—. Pero léelo. Puede ayudarte a juzgar qué pasó con aquellos que saltaron por la esclusa de aire, sin sus trajes espaciales puestos. Te darás cuenta de que no era una locura normal. Creo que puedo encontrar la respuesta a por qué esta entidad me ha salvado de su... Bueno, lo cierto es que necesito otro año o dos, aquí, para demostrar su existencia, y ver si podemos comunicarnos.

—¿Quieres decir que tú quieres quedarte aquí por otros dos años?

—Sí. Si envían a alguien más, estoy seguro de que se suicidarán o se volverán locos... como el comandante Wilson y su gente.

Wilson y su tripulación habían muerto sin enviar un mensaje a la Tierra. No le habían dicho a la sede de la Base Lunar II del Estado Libre del Espacio que algo andaba mal. Fue entonces cuando estalló el escándalo, y el FSS decidió intervenir. Spacom y sus secretismos los tenían hartos.

—¿Qué dice este diario? —Ray lo miró—. ¿Lo leíste?

—No. Está en alemán. Recordé que sabes alemán, así que lo busqué.

Ray miró las palabras con más cuidado, y descubrió que podía descifrar la mayor parte de la letra chueca de Sigmund, aunque algunas palabras estaban garabateadas, como en un frenesí.

—Gracias —murmuró—. Lo leeré con cuidado. ¿Cómo murió Sigmund? Por lo que leí, él no era uno de los que saltaron de la esclusa de aire. No fuiste muy claro en tu informe.

—Un día, de repente, Sigmund comenzó a destrozar las cosas —explicó Cho—. Se volvió completamente loco, derribando autograbrails, abriendo las paredes para acceder al sistema de iluminación indirecta, hasta que dos de sus compañeros lo atraparón. Lo golpearon en la cabeza con una llave inglesa, que no sé de dónde la sacaron, para noquearlo, pero deben haberlo golpeado demasiado fuerte, porque le rompieron el cráneo.

—Nunca mencionaste eso en tu informe.

—El FSS los habría acusado de inmediato, a pesar de que fue un accidente. Sigmund murió días después, en coma.

—¿Así que no saltó por la esclusa... como lo mencionaste en tu informe?

—No.

¿Cho mintió deliberadamente en su informe? ¿Por qué?

—Y los dos, los que lo mataron accidentalmente, ¿fueron ellos quienes saltaron por la esclusa de aire?

La idea de repente cruzó por la mente de Ray de que, tal vez, igual que Sigmund, no habían saltado. Que todo esto era un invento de Cho. Quizás habían sido expulsados. Quizás Cho...

—No —dijo Cho—, no saltaron. Se sintieron tan mal por la muerte de Sigmund, que comenzaron a caer en un estado de depresión extrema. Pronto dejaron de comer, y una mañana los encontramos catatónicos, acostados en sus literas, con los ojos abiertos. El resto es historia. Tú leíste el informe.

Un informe lleno de mentiras.

—Entonces, ¿Por qué saltaron los otros dos? ¿Por qué se suicidaron? ¿O es que eso no es cierto tampoco?

—Al principio, creíamos que se habían suicidado, como escribí en el informe, pero luego me di cuenta de que habían salido de la esclusa inferior, la que apunta directamente a Calisto. Ahora estoy seguro de que la entidad los llamó.

Ray no respondió. Simplemente agarró el diario con fuerza, y dijo:

—Déjame leer esto, y hablaremos más tarde. Gracias por tu inmensa ayuda en comenzar a aclarar este problema.

Ray fue a sus habitaciones.

### - III -

Ray golpeó la puerta de Cho. Siguió golpeando, hasta que Cho la abrió. Cho había estado durmiendo y estaba desnudo. Esto no perturbó a Ray. Sin previo aviso, golpeó a Cho en la cara, mientras sostenía el alféizar de la puerta para que su

propia fuerza no lo echara hacia atrás. Inmediatamente, se impulsó hacia las habitaciones de Cho, siguiendo el cuerpo ingrávido, listo para golpearlo nuevamente.

Cho voló y se estrelló contra el mamparo, se recuperó, y Ray lo golpeó en la mandíbula, nuevamente.

La cabeza de Cho voló hacia atrás.

Ray agarró la pierna del hombre, tiró de ella, y estaba a punto de golpearlo nuevamente, cuando vio sus ojos en blanco. Satisfecho, lo dejó flotando y cerró la puerta, cuando salió.

Con el soldador láser que había encontrado en el Banco de Trabajo —ubicado en el centro de la estación, en uno de los habitáculos tubulares ingrávidos—, cortó el sensor y cortocircuitó los cables para que la puerta de Cho no se abriera. Al menos, no sin mucho esfuerzo e ingenio.

Sin usar los autograbrails, Ray inmediatamente se apresuró a flotar por los pasillos, hacia el Centro de Recreación. Estaba vacío, y todas las luces estaban apagadas. Todos en la base estaban durmiendo.

Comenzó arrancando todas las conexiones alámbricas de los simuladores de Realidad Virtual. Luego, las mini-pantallas, que quemó con el láser, así como las cámaras de retina, hasta que quedaran completamente inútiles, irreparables, al igual que los trajes senso-motrices. Tan pronto como terminó la carga de su láser de soldadura, salió del Centro de Recreación.

Jadeando, regresó a la Bahía EVA, desde donde se salía para las Extra Vehicular Activities. Buscó, de nuevo, en el Banco de Trabajo, hasta encontrar una pistola de soldar, más grande. Comenzó a arrancar el sistema de autograbil de las paredes, y las luces. Se abrió camino a través de la estación, hasta llegar a la Sala de Comando. Llamó al Unicornio.

El Comandante fue convocado (había estado durmiendo), y su rostro apareció en la pantalla.

—¿Cómo te va, Ray? ¿Novedades?

—¿Pueden desplegar el túnel de ataque? Voy a ir, en breve.

El comandante frunció el ceño.

—¿Qué está pasando? ¿Solucionaste ya todo? —entrecerró los ojos—. Te veo agitado.

—Te lo explicaré más tarde. Tengo algunas cosas que debo hacer antes de irme de aquí. Creo que el rompecabezas está resuelto.

Cerró la comunicación con un gesto su dedo, captado por el sensor de movimiento.

\* \* \* \* \*

## - IV -

Dos horas más tarde, Ray viajaba en el autograbil a través del corredor umbilical que conectaba la Estación Espacial Calisto con el Unicornio. El Unicornio, la nave más nueva de la flota del FSS, tenía dos ruedas de centrifugación centrales contrarrotativas para la tripulación.

El comandante Darion Martínez lo estaba esperando en las esclusas de aire de Cero G, con el rostro grave, los ojos entrecerrados. Líneas profundas surcaban su frente.

—¿Qué encontraste? —preguntó.

—Más tarde —dijo Ray—. Primero, necesito dormir un poco. No he dormido en los últimos dos días. Comiencen con el despliegue de suministros. La Estación Calisto volverá a funcionar con normalidad.

—¿Qué le pasó a tu nariz?

Ray frunció el ceño, se tocó la nariz, y vio sangre en la yema de sus dedos.

—¿Estás bien? —preguntó el Comandante, de pelo canoso, a pesar de su temprana edad.

—Sí, déjame descansar un poco. Caí de bruces tratando de ponerme este maldito traje.

—¿Nadie te ayudó?

—Ya te lo explicaré todo. Continúen con la transferencia de suministros. Necesito descansar. Cuando todo esté listo, larguémonos de aquí.

—¿Qué pasa con la tripulación de Cho?

—Despiértame una vez que estemos en camino de regreso. Estoy muerto del sueño.

—¿Por qué irnos tan pronto?

—Cuanto antes, mejor, Darion. Cho puede volver a sus sentidos y decidir apoderarse del Unicornio.

—¿Cómo? Pero ...

—¿No quieres irte de aquí? ¡Todos queremos irnos de aquí! ¡Entonces, vámonos! No esperemos más de lo necesario.

—Pero, ¿qué pasa, Ray? No puedo, simplemente...

—¡Ahora no! —Ray interrumpió—. Luego. Cuando estemos de regreso. Confía en lo que digo, iy, por favor, no hagas más preguntas!

En lugar de ir a su camarote, Ray fue a la enfermería, ubicada en el núcleo centrífugo, donde la gravedad era la mitad que la de la Tierra.

Adriana, la neuropsicóloga que había caído con El Sueño en el viaje de venida a Calisto, estaba en su capullo de rehabilitación, con forma de ataúd, con los ojos cerrados, y las luces atenuadas. Ray sabía que la temperatura interior sería constante. Comenzó a programar los controles hasta que vio satisfecho cómo la temperatura interna comenzaba a aumentar. Iría a noventa y cinco grados Fahrenheit, como él lo había establecido. Entonces comenzaría a caer, luego volvería a subir, luego bajaría. Bueno. Eso es justo lo que Adriana necesitaba.

Ray jugó un poco con la mezcla de aire, hizo que fuera de un lado a otro. Más oxígeno, menos oxígeno, más oxígeno...

—¡Oye! ¿Qué estás haciendo?

Ray Salvatore se volvió.

—Solo estoy viendo cómo está Adriana —dijo, tratando de parecer tranquilo. No sabía cómo reaccionaría la Doctora Rusmore si le contaba la verdad, sin rodeos—. Parece estar bien, ¿cierto?

—Aún está en coma, si a eso te refieres —la doctora Rusmore lo miró con suspicacia—. ¿Qué pasó con tu nariz? ¿Acabas de llegar de la Estación Calisto?

—Me golpeé de manera estúpida; no es nada.

La doctora Rusmore se acercó, su cabellera negra flotando como tentáculos de medusa en agua, en la media gravedad centrífuga de la nave.

—Parece haber dejado de sangrar —dijo.

Dejó que sus gruesas cejas en forma de oruga se alzaran sobre sus ojos, mientras intentaba mirar la nariz de Ray.

—¿Cómo te fue en la Estación...? —Se detuvo. Había visto los diales del monitor en el capullo de rehabilitación de Adriana, y se volvió, bruscamente. —¡Qué diablos has...!

Ray la detuvo, agarrándole la muñeca.

—Déjela, doctora. Adriana saldrá de su coma, en poco tiempo.

—Pero la temperatura... y el oxígeno...

—Esperemos a ver qué sucede, ¿okay?

Ray comenzó a explicarle a la doctora Rusmore su teoría.

—Creo que debemos llamarlo el Síndrome de Calisto.

\* \* \* \* \*



## - VI -

Seis horas después, alguien llamó a la puerta del camarote de Ray Salvatore.

—Adelante —dijo Ray, y siguió trabajando en su terminal de computadora.

Era el comandante.

Darion Martínez abrió la puerta e, inmediatamente, se detuvo cuando vio el desorden dentro de las habitaciones de Ray.

—¿Qué pasó aquí?

—Sólo unos pocos arreglos —dijo Ray, rápidamente, mirando a su alrededor, tratando de sonar casual. Había sacado todos los estantes de sus espacios y los había esparcido por el suelo. La luz era tenue, y se sentía un frío en el aire. Probablemente, cuarenta y cinco Fahrenheit.

El comandante frunció el ceño.

—Pensé que querías dormir, Ray.

—No pude.

—¿Qué te dijo Cho Wung? ¿Qué pasó a bordo de la estación? —El comandante parecía cansado, con los ánimos por los suelos. Se agarró de una manija para no flotar sin control—. No quiero preocuparte, pero algo se ha apoderado de esta nave, y está alterando nuestros sistemas de soporte vital... la razón del repentino aire frío en toda la nave.... Vine a advertirte que tengas tu traje espacial a mano en caso de que...

—Cho Wung dijo que había una entidad extraterrestre que vivía en Calisto —interrumpió Ray—. ¿Crees que eso es posible? ¿Realmente posible?

—Ah... no... —el comandante lo miró con ojos bien abiertos—. ¿Estás insinuando que el Unicornio está siendo capturado por un...?

—Relájate —dijo Ray, con una media sonrisa—. Ven y siéntate. Déjame contarte una pequeña historia.

—Ray, ¿qué te está pasando? Estás raro. Solo vine a advertirte que... Pero lo que me dices... —parecía preocupado de verdad. Asustado—. ¿Me estás diciendo que es Cho quien está haciendo esto? ¿Qué, de alguna manera, consiguió acceder a los controles del Unicornio? ¿Cómo, si no tiene forma de interferir con nuestras computadoras?

—Solo escúchame por un momento —dijo Ray—. Sé lo que está mal con nuestros Sistemas de Soporte de Vida, porque... mira esto —hizo un gesto al comandante para que se acercara al escritorio de su computadora—. ¿Ves esto? Estoy en el Programa Madre de la nave. Yo soy el que está jugando con nuestro clima. —Ray sonrió—. ¿Quieres saber por qué?

Darion Martínez abrió su boca para decir algo, pero la cerró de golpe cuando una mirada de preocupación apareció en sus ojos.

—¿Tú?

Ray parpadeó.

—Estamos haciendo que el espacio sea inadecuado para los seres humanos, al hacerlo demasiado adecuado —dijo—. Hiperergonometría, Darion, hiperergonometría. A medida que perdemos interés en el medio ambiente, nos convertimos en nosotros mismos. Eso es lo que está haciendo que la tripulación de Calisto se vuelva “loca” y salte de las esclusas de aire... o simplemente se vaya a dormir. No hay suficientes cambios en nuestro entorno para mantener nuestro interés en el mundo físico. Ven, siéntate un momento. Déjame explicártelo. Dime, ¿Cuál fue el propósito original de la ergonometría? —pausó—. Crear máquinas y estaciones de trabajo lo más accesibles y ajustadas posible a nuestros cuerpos físicos. ¿Estarías de acuerdo con esto?

Darion se sentó sin responder. Parecía querer asegurarse de no estar muy cercano a Ray.

Ray hizo caso omiso de lenguaje corporal del Comandante Darion.

—El dedo promedio se mueve de aquí para acá —dijo—. Tu mano gira tantos grados. Tu antebrazo se balancea hasta... acá. Todo calculado para ayudarnos a hacer el menor esfuerzo posible. La antropometría se convirtió en ergonometría, y la ergonometría se convirtió en hiperergonometría: estaciones completas diseñadas para que los seres humanos encajen perfectamente con el mínimo esfuerzo, porque se creía que el estrés ambiental fue lo que causó la Fiebre de las Rocas. ¿Correcto? Los ingenieros nos dejaron poco para hacer, Darion. Por supuesto, siempre podemos encontrar algo más que hacer, pero la tripulación en la Estación Espacial Calisto no tiene otro propósito que... —pestañeó, se dio la vuelta, sacó un gráfico a su pantalla, y se lo mostró al Comandante—. Mira esto. Tablas de medidas humanas, todas físicas. ¡Físico, físico, físico! ¿Y notas algo? Todas las medidas promedio. Estudios de visibilidad, tamaño, color de equipos, corredores, esquinas redondeadas, todo ajustado a nosotros. Todo para facilitarnos la vida desde el punto de vista físico ¿Me explico? Hemos sido lo suficientemente inteligentes como para incluir variantes de espacios cerrados para evitar riesgos psicológicos, y antropométricos, pero dime, ¿no es un peligro no tener riesgo alguno, ni la incomodidad mínima?

—¡Espera, espera un minuto! ¿Me estás diciendo que eres tú quien ha estado manipulando la central...?

—Eso es lo que te he estado diciendo todo este tiempo. No es Cho. No es una entidad que se apodera del Unicornio. Soy yo. ¡Y no me mires así! No me he vuelto loco, no. Solo estoy programando el Sistema de Soporte de Vida para que cambie algunos pequeños detalles y parámetros como temperatura, iluminación, sobretensiones centrífugas, para que sintamos incomodidad.

—No sabemos qué le hará eso al Unicornio.

—¿Qué le va a hacer? ¿Romper la nave?

—Los rotores centrífugos...

—Van a estar bien. Me aseguré de verificar los límites de estrés.

—¿Para qué meterse con la iluminación?

—Dime, ¿Cuál es la luminosidad promedio para el ojo humano? ¿Recuerdas a nuestros alumnos? Durante miles de años, han estado acostumbrados a cambiar los patrones de luz. Ahora mantenemos los niveles de luz constantes, sin cambios. Y si cambian, como en los períodos de sueño, sabemos que estos cambios vendrán, y exactamente cuándo. Nuestro entorno está controlado de tal manera, que sabemos de antemano lo que sucederá. Nos adormece. Perdemos el interés, nuestro estado natural de alerta y, por lo tanto, las conexiones neuronales. ¡Eso es lo que está mal con la Estación Espacial Calisto! Es demasiado perfecto todo el entorno físico. Demasiado aburrido para los seres humanos. Así que el cerebro busca algo para hacer. O se raya, o quiere irse a dormir.

—¿Qué hiciste en la Estación?

—Generé algunas molestias para que Cho y su tripulación tengan algo que hacer. Tardarán un tiempo en encontrar los problemas. Problemas reales, aunque nada que ponga en peligro sus vidas. No de verdad, pero lo suficientemente desagradables como para mantenerlos alertas durante unos meses, hasta que se pueda organizar el próximo intercambio de personal... que debería ser lo antes posible.

Una llamada los interrumpió.

Ray la tomó. Era la doctora Rusmore.

—Funcionó —dijo ella—. Adriana está saliendo de su sueño. ¿Qué hago ahora?

—Agregue las secuencias de sonido de las que hablamos.

Darion intervino, se inclinó para entrar en pantalla.

—¿De qué está hablando, doctora? ¿Qué pasa con Adriana?

—Ah, comandante —dijo la doctora Rusmore—. ¡Parece que vamos a ganar el premio Nobel de Medicina Espacial! Ray se lo puede contar, yo voy a seguir con mi paciente.

—¿Contarme qué? —el Comandante se volvió para mirar a Ray. La pantalla holofónica parpadeó y la doctora Rusmore se desmaterializó.

—Convertimos el Capullo de Rehabilitación en una máquina de... ¿mejora mental? —Ray miró fijamente al comandante—. Diferentes estímulos para sacar a Adriana de su coma. En realidad, estamos volviendo a cablear sus vías neuronales para parecerse a las de un ser humano normal, con entorno artificialmente enriquecido, lo que es natural en nuestra Tierra. Aumentaremos la neuroprogramación natural básica, y el crecimiento de las dendritas. Sigmund Rabenhauer, uno de los miembros de la tripulación de Cho, lo puso en su diario. Sabía lo que estaba pasando, al menos tenía un presentimiento.

Ray se volvió hacia el holófono. Vio que la doctora Rusmore había cerrado la comunicación y en el espacio que estuvo ocupado por su imagen tridimensional, ahora solo había aire, con olor a ozono.

—Creo que tenemos este pequeño misterio resuelto, Darion —dijo.

Y en tiempo récord. Por eso me pagan lo que me pagan.

## - VII -

Para celebrar, cenaron con la tripulación que aún seguía en pie. La doctora Rusmore no estuvo presente porque estaba cuidando a Adriana, dándole masajes en los pies para activar sus puntos de acupresura. Adriana estaba progresando rápidamente. Aparentemente, había pasado un cierto umbral, y logró recuperar su conciencia, casi de forma milagrosa, pero aún no estaba en condiciones de permanecer desatendida.

—Adriana pasó por lo que podríamos llamar un “efecto de tanque de aislamiento” —dijo Ray a los que estaban sentados alrededor de la mesa—. Debido al entorno sin incidentes, sus patrones de activación neuronal desaceleraron su metabolismo. Su cerebro simplemente perdió interés en lo que estaba sucediendo a su alrededor, como habría sucedido con el resto de nosotros si no hubiéramos cambiado algo a bordo del Unicornio: como el “clima.”

Rió entre dientes.

La tripulación, siete en total, estaba sentada alrededor de la mesa colocada en uno de los pasillos del sector rotatorio frontal. Habían estado escuchando su pequeña aventura a bordo de la Estación Calisto, sin decir palabra. Pero ahora Ray frunció el ceño ante su silencio. Algo no era como debía ser.

La sintió. Una cierta animosidad hacia él.

—Ray —dijo el Comandante—. ¿Qué pasó con la tripulación de Cho? ¿Qué te dijo Cho que estaba pasando? Eso no nos has contando. ¿Quieres decir que todo lo que hicieron era jugar con los simuladores, comer, dormir, y hacer un poco de ejercicio?

Ray sonrió con precaución. ¿Qué les estaba pasando a sus compañeros de viaje? ¿A la tripulación del Unicornio?

—No hay mucho que elaborar. Sí, juegan sus juegos porque es la única actividad que ha mantenido sus cerebros activos, vivos. Cho afirma que hay una entidad en Calisto la que les está haciendo esto, pero la realidad es, después de todo, creada por la mente de cada uno, para sobrevivir. ¿Acaso no lo ven? Percibimos el mundo de la manera como nuestro cerebro es capaz de interpretar el medio ambiente.

El silencio alrededor de la mesa se hizo más pesado.

Ray frunció el ceño, miró más de cerca a cada uno de la tripulación:

A Greg y Lorena, a Yom Chi. Los tres le devolvieron la mirada, muy serios.

A Natasha y Gemina, que estaban tratando de no mirarlo.

A Roberto y Shi-Tsan-Lu, que intentaban enfocar sus ojos en sus platos, fingiendo estar a un millón de millas de distancia.

Ray miró al Comandante, y descubrió que Darion todavía le estaba dando esa mirada burlona que había visto en su cara desde que comenzó la cena.

—¿No será peligroso? —preguntó el Comandante, dejando caer su tenedor—.

Quiero decir, la tripulación de Cho tiene algo que hacer ahora, y sus mentes estarán ocupadas, pero ¿qué pasa con Cho? ¿Es confiable? Parece que algo en él no está bien.

—Cada uno de nosotros tiene su propio grado de locura —dijo Ray, cuidadoso—. Míranos. Viniendo todo este camino, impulsados por deseos tan subjetivos y extraños como los de Cho. La realidad es subjetiva. ¿Qué importa si Cho cree en su pequeño monstruo extraterrestre, cuando es eso precisamente lo que le permitirá continuar haciendo su trabajo? La única razón por la que no se volvió loco fue porque necesitaba evitar que su gente muriera. Encontró una manera: mantenerlos en sus máquinas de juego, en los Simuladores de Colonización. Esa es su realidad, ahora. Su mundo. Su meta.

—¿Entonces crees que Cho hará el trabajo que debe hacer?

Ray asintió, pero sintió una duda que no pudo ubicar.

—¿Quieres decir que no se volverá loco? ¿No difundirá las noticias de su contacto por todo el Sistema Solar?

Ray frunció el ceño.

—¿A qué estás tratando de llegar, Darion? ¿Qué está pasando con todos ustedes esta noche?

Miró a los que estaban sentados a la mesa, y en sus miradas encontró sombras de miedo que no logró comprender.

—Hablé con Cho —dijo Darion, finalmente, después de un largo momento de silencio. Sus ojos estuvieron fijos en la cara de Ray, todo el tiempo—. Cho me llamó, así que pensé que era necesario aceptar su llamada. Está enfurecido por lo que le hiciste a su Estación. Prácticamente, la destruiste. Me mostró algunos detalles. Trabajo de demolición bastante desagradable el que hiciste, Ray. ¿Por qué? ¿Era realmente necesario? Y es todo propiedad de Spacom. No creo que saldrás de esto, sin enfrentarte a un lío legal. Y nosotros, por asociación.

—Dile que su entidad me obligó a hacerlo —respondió Ray—. También tomé eso en cuenta. Todo tiene una razón de ser, Darion, incluso mis acciones, aún más en la mente de Cho. Cho dijo que su entidad no quiere que estemos aquí, que solo él ha sido aceptado, y que ésta es sólo una forma de...

El Comandante levantó su mano derecha, de golpe.

—Espera. Cho me dijo que has destruido todo el trabajo que ha hecho desde que llegó aquí. Cho no me pareció, para nada, loco, cuando dijo que estaba haciendo contacto con esta entidad. Tenía sentido lo que me dijo, sentido de verdad, aunque murmuraba algo acerca de que éste era el verdadero interés de Spacom en Calisto, algún tipo de proyecto secreto. Hacer contacto con una entidad extraterrestre. Deberías hablar con él de nuevo. Dijo que no le diste tiempo suficiente para mostrarte algo, que esperaba el momento correcto. Al principio, sólo te estaba escuchando para saber cuál era tu posición en el asunto.

Ray entrecerró los ojos.

—El argumento que presenta Cho, parece real, Ray —presionó el Comandante,

inclinándose hacia delante—. Lo siento, pero después de hablar con él, estoy casi convencido de que él está en lo correcto. Creo que exageraste. Es extraño que alguien te diga que se está comunicando con una inteligencia extraterrestre, sin embargo...

—Darion. Por el amor de Dios. ¡Cho está loco! Un tipo de locura útil e inofensiva, sí, pero locura...

—Quiere volver a hablar contigo. Habla con él, por favor, y, esta vez, escucha. Es una orden. No nos iremos, sin saber realmente lo que está pasando. Si realmente existe una entidad extraterrestre...

—Mira. —Ray resopló dejando a sus pulmones sin aire, luego respiró profundo—. Si me hubiera equivocado, ¿crees que Adriana se habría despertado? Dime. Sigmund Rabenhauer siguió los fenómenos, paso a paso. Su diario nos cuenta cómo el Efecto del Tanque de Aislamiento se apoderó de la tripulación desde el primer día. Nosotros, mientras estábamos cercanos a la Tierra, lo vimos como algo más difícil de explicar, como otra epidemia tipo *febris lapis*. Lo vimos como la euforia de estar en la estación, la tripulación contenta con las perspectivas de ser futuros héroes, y pioneros de la tan esperada colonización de Calisto. Sentimientos humanos normales, pensamos, llevados a un extremo, convertidos en síndrome.

“Pero Sigmund reconoció la verdad. Además de la leve euforia, observó claridad mental, agudeza sensorial, todos los síntomas encontrados en personas que se sometieron a lo que cierto psicólogo de fines del siglo pasado llamó Comportamiento Desautomatizado. Cuando se han limpiado las puertas de la percepción, la sensibilidad al medio ambiente crece a cada minuto, con cada día. ¿Sabías que un minuto de oscuridad total aumenta la sensibilidad del ojo diez veces? Veinte minutos de oscuridad total, la aumentan seis mil veces. Y cuarenta minutos hace que tu ojo alcance el límite de cerca de veinticinco mil veces su sensibilidad normal. La mente también se vuelve receptiva a la información externa. El aislamiento hace que nuestra mente quiera información. El cuerpo también actúa de esta manera. Pero dime, ¿qué sucede si obtienes demasiado de esto? ¿Qué sucede si no hay nada en el ambiente que mantenga alerta a su mente y cuerpo? Sencillo. Empiezas a inventar tus propias imaginaciones, sonidos y olores; procesas viejas experiencias, solucionas cosas, te sometes al típico Síndrome de Calisto, como ya lo he comenzado a llamar.

“La Doctora Rusmore está de acuerdo conmigo. Con nada que hacer, con nada que esperar, tu imaginación comienza a rodar, y luego, ¿qué más, Darion? ¡Pues pierdes el interés! Te vuelves catatónico, como lo harías con una sobredosis de estimulación. Vas a los bunkers. Te vuelves loco. Te lanzas por las esclusas. Y comienzas a usar cualquier cosa a mano para mantenerte ocupado... como jugar con simuladores hasta que eso se convierta en realidad, con el único propósito de seguir con vida. Cho se dio cuenta de esto, aunque tal vez no por las mismas razones que Sigmund lo hizo, y que yo, ahora, propongo.

—Habla con Cho —murmuró Darion—. Él lo ve de otra manera.

Ray miró alrededor de la mesa, hacia la tripulación del Unicornio. Todos sus ojos estaban sobre él.

—Cho no saldrá de su locura. Pero mientras podamos usarlo, les aconsejo que lo dejemos como está. Al menos, hasta que Spacom pueda permitirse cambiar de personal y revisar el caso, y hacer los cambios necesarios en la Estación Espacial Calisto para que los humanos vivamos en ella, sin irnos a dormir o lanzarnos por las escotillas.

Pero Darion sacudió su cabeza.

—Por favor, Ray. Habla primero con Cho, antes de enviar más mensajes a Spacom, o al Estado Libre del Espacio, con tus conclusiones. Creo que esto es realmente importante.

## - VIII -

Cho respondió a la llamada de Ray casi de inmediato.

—¿Estás bien? —Fue lo primero que Cho le preguntó.

Ray asintió con la cabeza.

—Destruiste más de diez años de trabajo —dijo Cho—. ¿Te das cuenta de eso?

Ray miró la pantalla, sin hablar. Se había prometido a sí mismo no discutir con Cho.

—Ray —presionó Cho—. ¿Sabes lo que hiciste? Sacaste a mis hombres de su... estado receptivo. Estábamos haciendo contacto con la entidad. El primer contacto con una Inteligencia Extraterrestre, ¡y lo arruinaste! Spacom había recibido resultados extraños cuando envió sus primeros animales experimentales a orbitar Calisto hace doce años. Luego, nos dimos cuenta de que algo extraño estaba sucediendo aquí, que había algo viviendo aquí. Así que decidimos enviar personas, nosotros... —se detuvo, luego dijo—: Tenía una misión que cumplir, Ray. No deberías haber interferido como lo hiciste. No me diste tiempo de explicártelo todo.

—Lo siento —Ray se encogió de hombros. Se prometió seguir el hilo, no entrar en argumentaciones lógicas con Cho—. Pero también tenía que cumplir mi misión. No quería que murieran tus hombres.

—No morían, ¡vivían! Me estaba asegurando de eso. Ahora están todos...

—¿Despiertos?

—No, maldita sea. ¡Ya estaban despiertos! Ahora entiendo qué es lo que quiere esta entidad. Quiere ponernos en el estado correcto para hacer contacto. Eso es todo. Es benevolente. No quiere matarnos. Tuvo que cometer algunos errores antes de poder saber lo que somos, lo que podemos manejar. Somos los emisarios de Gaia, Ray. ¿Te das cuenta? Los emisarios de nuestra Tierra, Gaia, que es un ser vivo. Sé que la gente

creo que esto no es científico, pero es realmente cierto. Nuestras culturas antiguas lo sabían, incluso lo daban por sentado. Madre Tierra, Gaia, un ser vivo. Como es Calisto. Calisto, Ray, el planeta entero, es la entidad. Y solo somos fracciones de Gaia...

—Cho —Ray lo interrumpió—. Te creo. Acabo de llamar para decir adiós y buena suerte. Entonces... adiós, y buena suerte.

Cho lo fulminó con la mirada, miró hacia otro lado, luego hacia atrás, su cabeza tridimensional dentro de la pantalla del holófono.

—Ray —pronunció el nombre con lentitud; sus pequeños labios moviéndose, sus fosas nasales dilatadas por ira mal contenida—. Por el amor de Dios, ¡créeme! Darion me contó lo que crees que nos está pasando. Y tienes razón, ¡pero eso no es todo! Lo que tú llamas Síndrome de Calisto no es más que nuestro viejo malentendido de lo que nuestros cuerpos quieren decirnos. Sé lo que Sigmund Rabenhauer escribió en su diario. Escribió que la Estación Calisto es como un tanque de privación sensorial, que cambia nuestras vías y conexiones neuronales, y finalmente nos pone a dormir. Es cierto, lo hace, ¿pero con qué propósito, pregunto? Debemos cambiar la estructura de nuestro cerebro para...

—Cho —interrumpió Ray—. Dije que te creo, ¿no? Ahora, ¿por qué no lo dejamos así? Tienes trabajo que hacer. El Unicornio se va. Debemos partir para hacer el cambio a tiempo, traer el nuevo personal.

Cho abrió la boca para decir algo, pero luego la volvió a cerrar, y asintió.

Como en los viejos tiempos. Cuando no estaban de acuerdo en cierto punto, dejaban de discutir. Al menos, todavía tenemos eso en común.

Sin embargo, sintió una tristeza insoportable.

Hubiera sido bueno que Cho tuviera razón. Pero toda esa idea de que Spacom había estado preparando la Estación Espacial Calisto con el propósito de comunicarse con una entidad alienígena, había surgido de su imaginación. La mente de Cho había estado tratando de encontrar una razón lógica para su sufrimiento y, a falta de una, había inventado una, y ahora creía en ella. ¿Hasta dónde puede viajar la ilusión humana?

## - IX -

Ya estaban en marcha. El Unicornio se estaba preparando para pasar por Júpiter y usar su campo gravitatorio para ser lanzado en dirección a la Tierra. La Estación Espacial Calisto pronto quedaría relegada a los recuerdos de Ray. Había perdido un amigo. Cho había tenido fe en su pasado común cuando decidió llamarlo, y Ray, en ojos de Cho, lo había defraudado.

Incluso el pasado falla, a veces, pensó Ray.

Sin embargo, al contrario de lo que Ray había esperado, Cho no había hecho alusión alguna sobre los problemas que enfrentaría con el colapso parcial de los sistemas y ambientes de la estación. Quizás Cho pensaba que no todo estaba perdido.

Uno nunca sabe con Cho.

Mucho había cambiado a bordo del Unicornio. Aunque Darion no había hecho alusión sobre el asunto de lo ocurrido en la Estación Calisto, la relación entre la tripulación del Unicornio y Ray se había deteriorado. La tripulación se había puesto del lado de Darion (lo que también incluía a Cho), y solo la doctora Rusmore parecía creer que él, Ray, había hecho lo correcto.

Adriana, la neuropsicóloga, aunque todavía no podía hablar, parecía amable con él. Por alguna razón, Ray sintió que esto era muy importante. Importante para él, y para el bienestar de toda la tripulación.

Quizás Sigmund tenía razón cuando escribió que no existía nave sin algún tipo de choque y roces humanos. Había dicho que “los enfrentamientos les dan personalidad a las naves.” Tal vez la tensión social era parte de la forma en que la naturaleza mantenía a los seres humanos mentalmente activos, especialmente, durante los viajes muy largos.

Ray sacudió la cabeza, y volvió al presente. Miró a su alrededor, y luego a Adriana, sentada en su cama.

Hacía frío en la enfermería, más frío que en los demás sectores.

Adriana estaba pálida y temblorosa en aquel momento, pero Ray decidió hablar con ella, de todos modos.

—¿Cómo te sientes?

Adriana asintió, pero no respondió. Su cuello fue hundiéndose entre sus hombros; temblaba como si estuviese con malaria.

Ray volvió a mirar a su alrededor, inquieto. ¿Qué podía decir?

—¿Tuviste algún sueño? —preguntó, mirando a la neuropsicóloga, tratando de hacer contacto visual, pero los ojos de ella evadían los suyos.

Adriana parpadeó dos veces, respiró hondo, abrió la boca, pero volvió a cerrarla como si no estuviera segura de hablar. Se miró las rodillas, las rodillas azules por el frío.

—¿Qué querías decirme?

Ray se inclinó más cerca, tocó uno de los frágiles hombros de Adriana. Ella nunca había sido una mujer grande y fuerte, pero siempre había parecido como si lo fuera, debido a su personalidad. Una mente fuerte mantenía el cuerpo erecto.

Adriana abrió la boca y dijo algo, pero demasiado bajo para que Ray la oyera.

—Más fuerte, por favor —dijo Ray.

Adriana asintió, respiró hondo y habló:

—Los sueños no expresados continúan con voluntad propia. Sin tocar, desconocidos, silenciosos dentro de nuestro cráneo. Soñé que estaba sola, flotando en el

espacio, gritando en todas direcciones que estaba viva. Pero nadie escuchó, nadie pudo escuchar. Todo estaba oscuro y frío. Hasta que presencié algo increíble, Ray. Me estaba mirando a través de ojos que no eran míos. Ray, yo era Calisto, y estaba mirando mi cuerpo flotar en el oscuro infinito.

Sus palabras las hubiese interpretado como un mero sueño, pero lo que dijo Adriana, a continuación, lo dejó helado:

—Luego me vi en Calisto —continuó Adriana—, caminando por su superficie, cantándola. Como lo hacen los aborígenes de Australia.

Ray sacudió la cabeza, tratando de mantener un semblante neutro.

—¿Los aborígenes de Australia?

¿Qué tienen que ver ellos con todo esto?

—Ellos cantan cada arroyo, cada planicie, cada árbol viejo y roca milenaria. Mapean su territorio con líneas de canto; toda Australia tejida por una red de canciones.

—No entiendo. ¿Es lo que soñaste?

—No era un sueño, Ray. Es lo que estuve haciendo, mapeando los cráteres de Calisto, sus escarpados, con líneas de canto, mis pensamientos resonando con el océano de agua en su interior, y me dijo Calisto que diera una advertencia, para que tú se la comuniques al resto, a todos.

Ray parpadeó.

—Calisto... ¿me mencionó?

Adriana asintió como si fuese de lo más natural.

—Dijo que estábamos todos bienvenidos para cantar su cuerpo con nuestras canciones, pero que tú digas a todos que no podemos dejar que los Belters, los mineros, perforen su superficie. Que si hacemos eso... —Adriana sacudió su cabeza, sus ojos aun extremadamente abiertos, como si estuviese viendo imágenes del futuro—. Todos acabaríamos en el mundo de los sueños, viviendo nuestras peores pesadillas... para morir como moscas.



